

La migración en la Biblia

La experiencia de ser migrante, de ser extranjero, está presente a lo largo de toda la historia del pueblo de Israel. La reflexión bíblica ahondó en el hecho objetivo de la migración haciéndolo una categoría teológica que ayuda a entender la propia fe. El creyente es un incansable buscador del rostro de Dios: *Salmo* 105,4: «¡Busquen a Yahveh y su fuerza, vayan tras su rostro sin descanso!»; *Salmo* 63,2ss: «Oh Dios, tú eres mi Dios, desde el amanecer te deseo; estoy sediento de ti; a ti te anhelo como tierra sedienta, reseca, sin agua».

Abraham, padre del pueblo elegido, es presentado como un migrante. «El Señor dijo a Abram: Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré» (*Génesis* 12,1). La elección divina se inicia con un llamado al desarraigo de la propia tierra natal y de la propia historia familiar, a fin de partir hacia una realidad nueva y desconocida. El Nuevo Testamento reflexiona hermosamente sobre este rasgo: «Por la fe, Abraham, obedeciendo al llamado de Dios, partió hacia el lugar que iba a recibir en herencia, sin saber a dónde iba. Por la fe, vivió como extranjero en la Tierra Prometida, habitando en carpas, lo mismo que Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa» (*Hebreos* 11,8-9). Abraham fue migrante toda su vida: «Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra» (*Hebreos* 11,13-16).

Moisés, el liberador y legislador del pueblo también fue un migrante. Jacob y sus hijos habían llegado a Egipto invitados por José, que gozaba de gran autoridad. Pero con el paso de los años la suerte cambió (ver *Éxodo* 1,8) y el pueblo fue sometido a dura esclavitud. Moisés, que por una gracia especial gozaba de una buena posición social (ver *Éxodo* 2,1-22), al comprometerse con la suerte de su pueblo debió huir de Egipto, abandonando las fértiles riberas del Nilo para instalarse en la aridez del desierto y «rehacer» allí su vida. Pero Dios no lo dejó tranquilo, sino que le pidió emigrar nuevamente para hacerse cargo de la suerte de su pueblo. De este modo Moisés condujo al pueblo, emigrando desde la esclavitud de Egipto a la libertad de la Tierra Prometida, viviendo un largo y sufriente período de vida nómada en el desierto. El pueblo de Israel guardó memoria del tiempo del Éxodo como tiempo de migración: «Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa...» (*Deuteronomio* 26,5-9).

Exilio. El tiempo de la monarquía trajo bienestar económico, pero también corrupción e injusticia social. Y Dios volvió a poner a su pueblo ante el desafío de la migración. Esta vez fueron llevados cautivos a Babilonia, obligados a vivir lejos de su tierra, en un universo valórico y religioso que les era enteramente ajeno. Estuvieron obligados a «redescubrir» el sentido de la solidaridad y de la justicia; la radicalidad de la exigencia de Dios a su pueblo. Viviendo la dureza del desarraigo y la pérdida de seguridades Israel reaprendió a confiarse en su Dios. Y solo después de 50 años pudo retornar a su tierra con un corazón renovado. «Les daré un corazón nuevo y pondré en

ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que sigan mis preceptos, y que observen y practiquen mis leyes. Ustedes habitarán en la tierra que yo he dado a sus padres. Ustedes serán mi Pueblo y yo seré su Dios» (*Ezequiel 36,26-28*).

Los momentos claves del Antiguo Testamento son tiempos de migración. En ellos el pueblo realizó los aprendizajes fundamentales para su vida; aprendió a responder bien a su Señor. En este contexto surgió la legislación bíblica acerca de los migrantes y extranjeros: *Éxodo 22,20-22* «No maltratarás al extranjero ni lo oprimirás, porque ustedes fueron extranjeros en Egipto. No harás daño a la viuda ni al huérfano. Si les haces daño y ellos me piden auxilio, yo escucharé su clamor»; *Deuteronomio 10,17-19* «Porque el Señor, su Dios, ... hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero y le da ropa y alimento. También ustedes amarán al extranjero, ya que han sido extranjeros en Egipto»; *Levítico 19,33-34* «Cuando un extranjero resida contigo en tu tierra, no lo molestarás. El será para ustedes como uno de tus compatriotas y lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron extranjeros en Egipto». Y tantos otros textos: «No vejarás al emigrante»; (*Éxodo 23,9*); «No lo explotarás» (*Deuteronomio 23,16*); «No defraudarás el derecho del emigrante» (*Deuteronomio 24,17*); «Maldito quien defrauda de sus derechos al emigrante» (*Deuteronomio 27,19*); etc.

Jesús y la migración

Jesús es presentado por los evangelios como un migrante, alguien que sufrió permanentes procesos de desarraigo. Jesús nació en Belén, lejos de la aldea en la cual vivían sus padres, donde no había lugar para ellos (*Lucas 2,1-7*), y prontamente sus padres debieron huir a Egipto para salvar la vida de su hijo; Jesús rehízo el itinerario del éxodo (*Mateo 2,13-15*). Al iniciar su ministerio abandonó Nazaret, lugar en el que se había criado (*Lucas 4,16*) y se fue a vivir a Cafarnaúm, en casa de Pedro (*Mateo 4,13*). En Galilea enseñaba como «predicador itinerante», sin establecerse en un lugar para que fueran a visitarlo, un predicador que no tiene donde reposar su cabeza (*Lucas 9,58*).

Durante su predicación del evangelio, Jesús tiene una actitud desprejuiciada y un corazón compasivo con los extranjeros. Sana a los enfermos sin preguntar la procedencia étnica y religiosa de quien pide una sanación. Sana al servidor del Centurión romano: «Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel que tenga tanta fe» (*Mateo 8,5-13*; ver *Lucas 7,1-10*). Acoge a la mujer cananea que se postra ante él implorando por su hija: «Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo! (*Mateo 15,22-28*).

Particularmente interesante es la actitud de Jesús frente a los samaritanos; vecinos de Israel, y tradicionales enemigos en permanente conflicto. Camino de Jerusalén Jesús sana a diez leprosos; pero al verse sanados solo uno de ellos vuelve a agradecer a Jesús, y éste era un samaritano (*Lucas 17,11-19*). También camino de Jerusalén Jesús conversa largamente con una mujer samaritana, al borde del pozo construido por Jacob; en este diálogo la va ayudando a descubrir su verdad personal y a reconocer al mesías, al punto de transformarse en mensajera del evangelio para su pueblo: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?» (*Juan 4,1-42*). En la parábola de *Lucas 10,21-37* destinada a responder a la pregunta «¿Quién es mi prójimo?», Jesús propone la figura de un samaritano como aquel que actuó correctamente porque tuvo compasión del caído. El «buen samaritano» es tal porque captó un aspecto central del evangelio: que no caben las discriminaciones por raza, nacionalidad o religión, sino que solo cabe reconocer en cada ser humano a un hermano que necesita de mi cercanía, incluso si es «extranjero y enemigo».

Todo lo anterior permite entender por qué en el juicio final Jesús dirá a los salvados: «Vengan, benditos de mi Padre ... porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver» (*Mateo 25,31-46*).

San Lucas presenta la vida de la comunidad cristiana como un permanente caminar hacia los que están más lejos, los «extranjeros». Jesús viaja a Jerusalén para enfrentar la cruz, y en el camino va entregando a sus discípulos las enseñanzas centrales sobre qué significa ser cristiano (*Lucas 9,51 – 19,28*), e invitando a «seguirlo» por el camino (*Lucas 9,57-62*). Después de su

muerte, los discípulos logran reconocer al resucitado mientras van caminando hacia Emaús, con el corazón desesperanzado (*Lucas 24,13-35*). El resucitado envía a sus discípulos a ser misioneros por el mundo entero (*Mateo 28,19-20*).

Un momento crucial de este proceso de expansión de la comunidad es el episodio de Pentecostés (*Hechos de los apóstoles 2,1-11*). El don del Espíritu Santo permite a los apóstoles hablar de tal modo que todos puedan entenderlos, cualquiera sea su nacionalidad o su propia lengua. Ya no habrá más extranjeros que sean incapaces de entenderse entre ellos. Es el movimiento inverso al relato de la «Torre de Babel (*Génesis 11,1-9*)», episodio que habla de la imposibilidad de entenderse entre unos y otros. Pentecostés, momento crucial para los inicios de la Iglesia, es un sueño de fraternidad universal.

Las epístolas paulinas plantean horizontes más radicales, que nos ponen ante los grandes desafíos actuales del tema de la migración: *Gálatas 3,28* «Ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús»; *Efesios 2,13-19* «Cristo es nuestra paz; él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, ... Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, ... Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca. Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu. Por lo tanto, ustedes ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios».